

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Canciones y otros poemas en arte mayor


Canciones



- I -

1580

De las Lusíadas de Luis de Camoes que tradujo Luis de Tapia, natural de Sevilla

Suene la trompa bélica 
del castellano cálamo,
dándoles lustre y ser a las Lusíadas,
y con su rima angélica
en el celeste tálamo, 5
encumbre su valor sobre las Híadas,
Napeas y Hamadriadas;
con amoroso cántico
y espíritu poético
celebren nuestro bético 10
del Mauritano mar al mar Atlántico,
pues vuela su Calíope
desde el blanco francés al negro etíope.

Aquí la fuerza indómita
del Pacheco diestrísimo 15
descubre de su Rey el pecho y ánimo;
la India deja atónita
con su valor rarísimo,
y al Samorín soberbio, pusilánimo.
Muéstrase aquí magnánimo 20
Alburquerque y solícito,
capitán integérrimo
que al amador misérrimo

crudamente castiga el hecho ilícito,
y a Goa y su poténçia 25
dos veces la sujeta a su obediénçia.

Almeida, que a los árabes
con la venganza hórrida
sus muros y edificios va talándoles,
y a los rumes y alárabes 30
debajo de la Tórrida
con valerosa espada domeñándoles,
y mayor pena dándoles
con el hijo belígero
que en el seno cambáico 35
contra el moro y hebráico
muere mostrando su furor armígero,
sirviéndole de túmulo
de mamelucos el sangriento cúmulo.

Cuanta pechos heróicos 40
te dan fama clarífica,
oh Lusitania, por la tierra Cálida,
tanta versos históricos
te dan gloria mirífica
celebrando tu nombre y fuerza válida; 45

dígalo la Castálida,
que al soberano Tápia
hizo que (más que en árboles,
en bronces, piedras, mármoles)
en su verso eternice tu prosápia, 50
dándole el odorífero
lauro, por premio del gran Dios Lucífero.



- II -

1582

Corcilla temerosa,
cuando sacudir siente
al soberbio Aquilón con fuerza fiera



la verde selva umbrosa,
o murmurar corriente 5
entre la yerba, corre tan ligera,
que al viento desafía
su voladora planta;
con ligereza tanta,
huyendo va de mí la ninfa mía, 10
encomendando al viento
sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
hace de sus cabellos
mil crespos nudos por la blanca espalda, 15
y habiéndose abrigado
lascivamente en ellos,
a luchar baja un poco con la falda,
donde no sin decoro,
por brújula, aunque breve, 20
muestra la blanca nieve
entre los lazos del coturno de oro.
Y así, en tantos enojos,
si trabajan los pies, gozan los ojos.

Con aquel dulce brío 25
que me da el soplo escaso
del viento al descubrir su planta bella,
sigo, esforzando el mío,
su fugitivo paso,
no más por alcanzalla que por vella; 30
ella mi intento viendo,
vuelve a mí la serena
süave luz, y enfrena
mi dulce alcance, el mismo efecto haciendo
sus luces soberanas 35
en mí que en Atalanta las manzanas.

Yo, pues, ciego y turbado,
viéndola cómo mide
con más ligeros pies el verde llano
que del arco encorvado 40
la saeta despide

del parto fiero la robusta mano,
y viendo que en mí mengua
lo que a ella le sobra,
pues nuevas fuerzas cobra, 45
apelo de los pies para la lengua
y en alta voz le digo:
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.

»Enfrena, oh Clori, el vuelo,
pues ves que el rubio Apolo 50
pone ya fin a su carrera ardiente.
Ten de ti misma duelo;
deponga un rato solo
el honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado 55
de cruel y ligera,
pues en tan gran carrera
tu bellísimo pie nunca ha dejado
estampa en el arena,
ni en tu pecho cruel mi grave pena. 60

»Ejemplos mil al vivo
de ninfas te pondría
(si ya la antigüedad no nos engaña)
por cuyo trato esquivo
nuevos conoce hoy día 65
troncos el bosque y piedras la montaña;
mas sírvate de aviso
en tu curso el de aquella,
no tan cruda ni bella,
a quien ya sabes que el pastor de Anfriso, 70
con pie menos ligero,
la siguió ninfa y la alcanzó madero.»

Quédate aquí, canción, y pon silencio
al fugitivo canto,
que razón es parar quien corrió tanto. 75



De la armada que fue a Inglaterra

Levanta, España, tu famosa diestra ▲▼
 desde el francés Pirene al moro Atlante,
 y al ronco son de trompas belicosas
 haz, envuelta en durísimo diamante,
 de tus valientes hijos feroz muestra 5
 debajo de tus señas victoriosas;
 tal, que las flacamente poderosas
 fieras naciones contra tu fe armadas,
 al claro resplandor de tus espadas
 y a la de tus arneses fiera lumbre, 10
 con mortal pesadumbre,
 ojos y espaldas vuelvan,
 y como al sol las nieblas, se resuelvan;
 o cual la blanda cera desatados
 a los dorados luminosos fuegos 15
 de los yelmos grabados,
 queden, como de fe, de vista ciegos.

Tú (que con celo pío y noble saña
 el seno undoso al húmido Neptuno
 de selvas inquietas has poblado, 20
 y cuantos en tus reinos uno a uno
 empuñan lanza contra la Bretaña,
 sin perdonar al tiempo, has enviado
 en número de todo tan sobrado,
 que a tanto leño el húmido elemento 25
 y a tanta vela es poco todo el viento),
 fía que en sangre del inglés pirata
 teñirá de escarlata
 su color verde y cano
 el rico de ruínas Océano; 30
 y aunque de lejos con rigor traídas,
 ilustrará tus playas y tus puertos
 de banderas rompidas,
 de naves destrozadas, de hombres muertos.

Oh ya isla católica y potente, 35
 templo de fe, ya templo de herejía,
 campo de Marte, escuela de Minerva,

digna de que las sienes que algún día
ornó corona real de oro luciente
ciña guirnalda vil de estéril hierba, 40
madre dichosa y obediente sierva
de Arturos, de Eduardos y de Enricos,
ricos de fortaleza y de fe ricos;
ahora condenada a infamia eterna
por la que te gobierna 45
con la mano ocupada
del huso, en vez del cetro y de la espada;
mujer de muchos y de muchos nuera,
¡oh reina torpe, reina no, mas loba
libidinosa y fiera, 50
fiamma dal ciel su le tue treccie piova!

Tú, en tanto, mira allá los otomanos
las jónicas aguas que el Sicano bebe
sembrar de armados árboles y entenas,
y con tirano orgullo en tiempo breve 55
domando cuellos y ligando manos,
y sus remos hiriendo las arenas,
despoblar islas y poblar cadenas;
mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
no encienda en ti un católico coraje, 60
mira (si con la vista tanto vuelas)
entre hinchadas velas
el soberbio estandarte
que a los cristianos ojos (no sin arte),
como en desprecio de la Cruz sagrada, 65
más desenvuelve, mientras más tremola
entre lunas bordada
del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas Lunas
y advierte bien, en tanto que tú esperas 70
gloria naval de las británicas lides,
no se calen rayando tus riberas
y pierdan el respeto a las columnas,
llaves tuyas y término de Alcides;
mas si con la importancia el tiempo mides, 75
enarbola, oh gran Madre, tus banderas,

arma tus hijos, vara tus galeras,
y sobre los castillos y leones
que ilustran tus pendones,
levanta aquel León fiero 80
del tribu de Judá, que honró el madero;
que él hará que tus brazos esforzados
llenen el mar de bárbaros nadantes,
que entreguen anegados
al fondo el cuerpo, al agua los turbantes, 85

Canción, pues que ya aspira
a trompa militar mi tosca lira,
después me oirán (si Febo no me engaña)
el carro helado y la abrasada zona
cantar de nuestra España 90
las armas, los triunfos, la corona.



- IV -

1590
En una fiesta que se hizo en Sevilla a San Hermenegildo
Hoy es el sacro y venturoso día 80
en que la gran metrópoli de España,
que no te juró rey, te adora santo.
Hoy con devotas ceremonias baña
el blanco clero el aire en armonía, 5
los pechos en piedad, la tierra en llanto.
Hoy a estos sacros himnos, dulce canto,
ayuda con silencio la nobleza,
haciendo devoción de su riqueza.
Hoy, pues, aquesta tu latina escuela 10
a la docta abejuela
no sin devota emulación imita;
vuela el campo, las flores solicita
(campo de erudición, flor de alabanzas)
por honrar sus estudios de ti y de ellas, 15
en tanto que tú alcanzas
ver a Dios, vestir luz, pisar estrellas.

Hoy la curiosidad de su tesoro
con religiosa vanidad ha hecho
extraña ostentación, alta reseña. 20
Hoy cada corazón deja su pecho
cuál en púrpura envuelto, cuál en oro,
y su valor devotamente enseña;
quién lo que con industria no pequeña
labró costoso el persa, extraño el china, 25
rica labor, fatiga peregrina,
alegremente en sus paredes cuelga;
quién de ilustrarlas huelga
con modernos angélicos pinceles,
milagrosas injurias del de Apeles; 30
quién da a la calle y quita a la floresta,
de suerte que los grandes, los menores,
en tu solemne fiesta,
ven pompa, visten oro, pisan flores.

Príncipe mártir, cuyas sacras sienas, 35
aún no impedidas de real corona,
la fiera espada honró del Arriano;
tú, cuya mano al cetro si perdona,
no a la palma que en ella ahora tienes
(digna palma, si bien heroica mano), 40
pues eres uno ya del soberano
campo glorioso de gloriosas almas
que ciñen resplandor, que enristran palmas,
do se triunfa y nunca se combate,
mi lengua se desate 45
en dulces modos, y los aires rompa
a celestial soldado ilustre trompa.
Conozca el Cancro ardiente, el Carro helado,
oh católico Sol de Vice-Godos,
la espada que te ha dado 50
vida a ti, gloria al Betis, luz a todos.

Estas aras que te ha erigido el clero
y estas que te cantamos alabanzas,
juntas con lo que tú en el cielo vales,
a Filipo le valgan el Tercero, 55
en quien de nuestro bien las esperanzas

están, como reliquias en cristales.
Logra sus tiernos años, sus reales
pensamientos católicos segunda,
tal, que su espada por su Dios confunda 60
la nueva torre que Babel levanta,
y ardiendo en saña santa,
haga que adore en paz quien no lo ha visto
el gran sepulcro que mereció a Cristo;
que pues de sus primeros nobles paños 65
invocó a tu deidad por su abogada,
es bien que vean sus años
larga paz, feliz cetro, invicta espada.

Y tú, oh gran madre, de tus hijos cara,
émula de provincias gloriosa, 70
en lo que alumbra el Sol, la noche ciega,
ciudad más que ninguna populosa,
para quien no tan sólo España ara
y siembra Francia, mas Sicilia siega,
no porque el Betis tus campiñas riega 75
(el Betis, río y rey tan absoluto,
que da leyes al mar, y no tributo),
ni porque ahora escalen su corriente
velas del Occidente
(que, más de joyas que de viento llenas 80
hacen montes de plata sus arenas),
mas por haber tu suelo humedecido
la sangre de este hijo sin segundo,
en ti siempre ha tenido
la fe escudo, honra España, invidia el mundo. 85



- V -

1598

Donde las altas ruedas 85
con silencio se mueven,
y a gemir no se atreven
las verdes sonoras alamedas,
por no hacer ruido 5

al Betis, que entre juncias va dormido;

sobre un peñasco roto,
al tronco recostado
de un fresno levantado,
que escogió entre los árboles del soto 10
porque su sombra es flores,
su dulce fruto dulces ruiseñores,

Coridón se quejaba
de la ausencia importuna
al rayo de la Luna, 15
que al perezoso río le hurtaba,
mientras que él no lo siente,
espejos claros de cristal luciente.

«Injusto Amor -decía-,
pues permites que muera 20
en extraña ribera
(que por extraña tengo ya la mía),
válganme contra ausencia
esperanzas armadas de paciencia.»



- VI -

1600

¡Qué de invidiosos montes levantados, 10
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!
¡Qué de ríos, del hielo tan atados,
del agua tan crecidos, 5
me defienden el ya volver a vellos!
¡Y qué, burlando de ellos,
el noble pensamiento
por verte viste plumas, pisa el viento!

Ni a las tinieblas de la noche oscura 10
ni a los hielos perdona,
y a la mayor dificultad engaña;

no hay guardas hoy de llave tan segura
que nieguen tu persona,
que no desmienta con discreta maña; 15
ni emprenderá hazaña
tu esposo, cuando lidie,
que no la registre él, y yo no invidie.

Allá vueles, lisonja de mis penas,
que con igual licencia 20
penetras el abismo, el cielo escalas;
y mientras yo te aguardo en las cadenas
de esta rabiosa ausencia,
al viento agravien tus ligeras alas.
Ya veo que te calas 25
donde bordada tela
un lecho abriga y mil dulzuras cela.

Tarde batiste la invidiosa pluma,
que en sabrosa fatiga
vieras (muerta la voz, suelto el cabello) 30
la blanca hija de la blanca espuma,
no sé si en brazos diga
de un fiero Marte, o de un Adonis bello;
ya anudada a su cuello
podrás verla dormida, 35
y a él casi trasladado a nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
entre templada nieve
evaporar contempla un fuego helado,
y al esposo, en figura casi muerta, 40
que el silencio le bebe
del sueño con sudor solicitado.
Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño. 45

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
en los dichosos nudos
que a los lazos de amor os dio Himeneo;
mientras yo, desterrado, de estos robles

y peñascos desnudos 50
la piedad con mis lágrimas granjeo.
Coronad el deseo
de gloria, en recordando;
sea el lecho de batalla campo blando.

Canción, di al pensamiento 55
que corra la cortina
y vuelva al desdichado que camina.



- VII -

1602

Vuelas, oh tortolilla, 5
y al tierno esposo dejas
en soledad y quejas;
vuelves después gimiendo,
recíbete arrullando,
lasciva tú, si él blando.
Dichosa tú mil veces,
que con el pico haces
dulces guerras de Amor y dulces paces.

Testigo fue a tu amante 10
aquel vestido tronco
de algún arrullo ronco;
testigo también tuyo
fue aquel tronco vestido
de algún dulce gemido; 15
campo fue de batalla
y tálamo fue luego:
árbol que tanto fue perdone el fuego.

Mi piedad una a una 20
contó, aves dichosas,
vuestras quejas sabrosas;
mi envidia ciento a ciento
contó, dichosas aves,
vuestros besos süaves.

Quien besos contó y quejas 25
las flores cuente a Mayo,
y al cielo las estrellas rayo a rayo.

Injuria es de las gentes
que de una tortolilla
Amor tenga mancilla, 30
y que de un tierno amante
escuche, sordo, el ruego
y mire el daño, ciego.

Al fin es dios alado,
y plumas no son malas 35
para lisonjear a un dios con alas.



- VIII -

¿1603?

En el dichoso parto de la reina Doña Margarita
Abra dorada llave 40
las puertas de la edad, y el nuevo Jano
(pues entre siglos sabe
que el tercer año guarda el Tiempo cano,
peinando día por día 5
para el Tercer Filipino a quien lo envía)

hoy lo introduzca a España
de paz vestido y de victoria armado.
La copia a la campaña
rubias espigas dé con pie dorado; 10
la salud pise el suelo
purgando el aire y aplacando el cielo.

Tráiganos hoy Lucina
al Palacio Real, real venera
de nuestra perla fina, 15
madre de perlas, y que serlo espera
de un Sol luciente ahora,
si ha pocos años que nació la Aurora.

Venga alegre, y con ella
vengan las Gracias, que, dichosas Parcas, 20
rayos de amiga estrella
hilen, estambre digno de Monarcas.
Cuide Real Fortuna
del dulce movimiento de la cuna.

Felicidades sean 25
las que administren sus primeros paños;
las virtudes se vean
mover el pie de sus segundos años.
Unas y otras edades
virtudes sean y felicidades. 30

Armada a Palas veo
soltar el huso y empuñar la lanza:
lisonja es del deseo.
Corresponda el deseo a la esperanza:
Príncipe tendrá España, 35
que nunca una deidad tanta fe engaña.



- IX -

1603

Sobre trastes de guijas 5
cuerdas mueve de plata
Pisuerga, hecho cítara doliente;
y en robustas clavijas
de álamos, las ata
hasta Simancas, que le da su puente.
Al son de este instrumento
partía un pastor sus quejas con el viento.

«Oh río -le decía-,
que al tronco menos verde 10
lo guarnecen de perlas tus espumas,
si la enemiga mía
pasos por aquí pierde
calzada el fugitivo pie de plumas,

por que no vuele tanto, 15
deténganla tu música o mi llanto.

»Si tú haces que oya
debajo de esta yedra
mis lágrimas, que siguen tu armonía,
octavo muro a Troya 20
renacer piedra a piedra
hará tu son de su ceniza fría:
que es más posible caso
convocar piedras que enfrenalle el paso.

»Viento y quejas burlando, 25
huye; sean ahora
término de su fuga tus riberas;
que si un acento blando
de cítara sonora
enfrenó ríos y desarmó fieras, 30
tú, ya cítara hecho,
firmeza al pie le da, piedad al pecho.»



- X -

1606

De los Marqueses de Ayamonte, cuando se entendió pasaran a Nueva España

Verde el cabello undoso, 5
y de la barba al pie escamas vestido,
aliento sonoro
daba Tritón a un caracol torcido,
y en las alas del viento
voló el son por el húmido elemento.

Cuantos las aguas moran
antiguos dioses y deidades nuevas,
por las ondas que doran
los rayos de la luz, dejan sus cuevas 10
y ocupan los vacíos
que a la playa perdonan los navíos.

«¿Veis -dice el dios marino-
estas que de la barra a las arenas
despliegan blanco lino, 15
solicitan timón, calan antenas?
Nubes son, y no naves,
carros de un Sol en dos ojos süaves.

»En estos ojos bellos,
Febo su luz, Amor su monarquía 20
abrevian, y así en ellos
parte a llevar al Occidente el día,
con naval pompa extraña,
la gloria de los Zúñigas de España.

»Si a un sol los caracoles 25
dejan su casa, dejan su vestido,
a estos divinos soles
el fondo es bien dejar más escondido,
y coronar su popa
cuernos del toro que traslada a Europa. 30

»Serenísimas plumas
vista del alción el austro insano;
perlas sean las espumas
y las olas cristal del Oceano;
no ya cristal de roca, 35
que en solo el nombre cada bajel toca.

»Regale sus orejas
en dulce, sí, mas bárbaro instrumento
de corales y almejas
de las ninfas el coro, y su conuento 40
no lisonjee aquel sueño
que la falsa armonía al griego leño.»



- XI -

1608

De la florida falda



que hoy de perlas bordó la alba luciente,
tejidos en guirnalda
traslado estos jazmines a tu frente,
que piden, con ser flores, 5
blanco a tus sienes y a tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante,
ronco, sí, de clarines,
mas de puntas armado de diamante; 10
púselas en huida,
y cada flor me cuesta una herida.

Más, Clori, que he tejido
jazmines al cabello desatado,
y más besos te pido 15
que abejas tuvo el escuadrón armado;
lisonjas son iguales
servir yo en flores, pagar tú en panales.



- XII -

1608

Fragmento de una canción

Del mar, y no de Huelva, 15
los escollos el sol, los muros raya;
gimiendo el alción era en la playa
ruiseñor en la selva,
cuando pescador pobre 5
mucho despide red de poco robre.

Al que le escuchó en vano
golfo, a pesar del Norte, siempre inquieto,
se queja del Amor, a quien sujeto
obedece tirano, 10
en las prisiones bellas
de la esfera mayor de sus centellas.

Escollo cristalino,


a quien el pescador cuanto padece,
sentado en su crueldad, dulce le ofrece, 15
sin hallar el divino
canto alivio a sus quejas.
¡Triste del que a una roca pide orejas!



- XIII -

1610-1611

De la toma de Larache

En roscas de cristal serpiente breve, 
por la arena desnuda el Luco yerra,
el Luco, que, con lengua al fin vibrante,
si no niega el tributo, intima guerra
al mar, que el nombre con razón le bebe 5
y las faldas besar le hace de Atlante.
De esta, pues, siempre abierta, siempre hiente
y siempre armada boca,
cual dos colmillos, de una y de otra roca,
África (o ya sean cuernos de su luna 10
o ya de su elefante sean colmillos)
ofrece al gran Filipo los castillos
(carga hasta aquí, de hoy más militar pompa);
y del fiero animal hecha la trompa
clarín ya de la Fama, oye la cuna, 15
la tumba ve del Sol, señas de España
los muros coronar que el Luco baña.

Las garras, pues, las presas españolas
del rey, de fieras no, de nuevos mundos,
ostenta el río, y gloriosamente 20
arrogándose márgenes segundos,
en vez de escamas de cristal, sus olas
guedejas visten ya de oro luciente.
Brama, y menospreciándolo serpiente,
león ya no pagano 25
lo admira reverente el Oceano.
Brama, y cuantas la Libia engendra fieras,
que lo escuchaban elefante apenas,

surcando ahora piélagos de arenas,
lo distante interponen, lo escondido, 30
al imperio feroz de su bramido.
Respóndenle confusas las postreras
cavernas del Atlante, a cuyos ecos,
si Fez se estremeció, tembló Marruecos.

Gloriosa y del suceso agradecida, 35
dirige al cielo España, en dulce coro
de sacros cisnes, cánticos süaves
a la alta de Dios sí, no a la de un moro
bárbara majestad, reconocida
por las fuerzas que le ha entregado: llaves 40
de las mazmorras de África más graves,
forjadas, no ya donde
de las fraguas que ardiente el Etna esconde
llamas vomita, y sobre el yunque duro
gime Bronte y Stéropé no huelga, 45
sino en las oficinas donde el belga
rebelde anhela, el berberisco suda,
el brazo aquél, la espalda éste desnuda,
forjando las que un muro y otro muro
por guardas tiene, llaves ya maestras 50
de nuestros mares, de las flotas nuestras.

Al viento más opuesto abeto alado
sus vagas plumas crea, rico el seno
de cuanta Potosí tributa hoy plata.
Leño frágil de hoy más al mar sereno 55
copos fíe de cáñamo anudado,
seguro ya sus remos de pirata.
Piloto el interés, sus cables ata,
ovando ya en el puerto
del soplo occidental, del golfo incierto. 60
Pescadora la industria, flacas redes
que dio a la playa desde su barquilla
graves revoca a la espaciosa orilla.
La libertad, al fin, que, salteada,
señas o de cautiva o despojada 65
dio un tiempo de Neptuno a las paredes,
hoy bálsamo espirantes cuelga ciento

faroles de oro al agradecimiento.

Vuestra, oh Filippo, es la fortuna, y vuestra
de África será la monarquía. 70

Vuestras banderas nos lo dicen, puesto
duro yugo a los términos del día
en los mundos que abrevia tanta diestra;
que si a las armas no, si no al funesto
son de las trompas (que no aguardó a esto), 75
Abila su coluna

a vuestros pies rindió, a vuestra fortuna;
Calpe desde su opuesta cumbre espera,
aunque lo ha dividido el mar en vano,
el término segundo del tebano 80


complicado al primero, y penetrada
la ardiente Libia vuestra ardiente espada,
que el Nigris no en su bárbara ribera,
el Nilo sí con militar decoro
la sed os temple ya en celada de oro. 85

Verás, canción, del César Africano
al nieto agosto, armada un día la mano,
hacer, de Atlante en la silvosa cumbre,
a las purpúreas cruces de sus señas
nuevos calvarios sus antiguas peñas.

- XIV -

1614

Al Conde de Lemus, habiendo venido nueva de que era muerto en Nápoles

Moriste en plumas no, en prudencia cano, 
gloria de Castro, invidia de Caístro,
cisne gentil cuyo final acento
entre fieras naciones sacó al Istro
lágrimas, y al segundo río africano 5
señas, aunque bozal, de sentimiento.

Moriste, y en las alas fue del viento
lastimando tu dulce voz postrera
las orillas del Ganges, la ribera
del rey del Occidente, 10
flechero Parahuay, que de veneno
la aljaba armado, de impiedad el seno,

tu fin sintió doliente.
¡Oh tú, que de Sebeto en las arenas
mueres cisne llorado de sirenas! 15

Brazos te fueron de las Gracias cuna
y de las Musas sueño la armonía
en tus primeros generosos paños.
Dichoso el esplendor vieras del día
si la que el oro ya de tu fortuna 20
el estambre hilara de tus años.

¡Oh de la muerte irrevocables daños,
si de la invidia no ejecución fiera!
Parca cruel, más que las tres severa,
si alimentan tu hambre 25
sierpes del Ponto y áspides del Nilo,
¿cuál pudo humedecer livor el hilo
de aquel vital estambre?
Camisa del Centauro fue su vida,
aun antes abrasada que vestida. 30

No entre delicias, no, si ya criado
entre grandezas, de la falda amada
a la magistral férula saliste.
En letras luego, en generosa espada
de Quirón no biforme ejercitado, 35
togado Aquiles cultamente fuiste.
Cuando de flores ya el vulto se viste,
al fogoso caballo Valenzuela
purpúreas plumas dándole tu espuela,
en el oficio duro 40
de la robusta caza, las riberas
del Sil te vieron fatigar las fieras,
y aun a su cristal puro
de tu lanza llegar atravesado
el mismo viento en forma de venado. 45

De semidioses hija, bella esposa,
que nácar su color, perlas su frente
corona de crepúsculos del día,
la tea de Himeneo mal luciente
te condujo ya al tálamo, y la rosa 50

que a las perlas del Alba aún no se abría
libaste en paz. Mas, ay, que la armonía
del coro virginal, gemido alterno
de ave nocturna o pájaro de Averno
interrumpió no en vano. 55

Tú, a pesar de prodigios tantos, hecho,
si abejas los amores, corcho el lecho,
el néctar soberano
despreciabas de Júpiter dormido,
al ventilar alado de Cupido. 60



- XV -

1614

Al importuno canto de una golondrina

A la pendiente cuna 65
vuelves, al que fiaste nido estrecho,
oh huésped importuna,
de las retamas frágiles de un techo,
que arboleda celosa aun no lo fía 5
de cuanta le concede luz el día.

Oh tú, de las parleras
aves la menos dulce y más quejosa,
¿por qué el silencio alteras
de una paz muda, sí, pero dichosa? 10
¿Quieres en tu ruido que presuma
que miente voz la invidia y viste pluma?

Magníficas orejas
ofrendan en alcázares dorados
tus repetidas quejas, 15
mientras yo en estos sauces levantados
aplauso al rui señor le niego breve
sobre la yerba que ese cristal bebe.

¿Cuál, di, bárbara arena
de sierpes has dejado engendradora, 20
por turbar la serena

dulce tranquilidad que en este mora
tan grato como pobre albergue, donde,
sellado el labio, la quietud se esconde?

Aquí, pues, al cuidado 25
niego estos quicios, niego la cultura
de ese breve cercado,

cuyo líquido seto plata es pura
de arroyo tan oblicuo, que no deja
la fragancia salir, entrar la abeja. 30



- XVI -

1616

En el sepulcro de Garcilaso de la Vega

Piadoso hoy celo, culto 5
sincel hecho de artífice elegante,
de mármol espirante
un generoso anima y otro bulto,
aquí donde entre jaspes y entre oro
tálamo es mudo, túmulo canoro.



Aquí donde coloca
justo afecto en aguja no eminente,
sino en urna decente,
esplendor mucho, si ceniza poca, 10
bien que, milagros despreciando egipcios,
pira es suya este monte de edificios.

Si tu paso no enfrena
tan bella en mármol copia, oh caminante,
esa es la ya sonante 15
émula de las trompas, ruda avena,
a quien del Tajo deben hoy las flores
el dulce lamentar de dos pastores;

este el corvo instrumento
que al Albano cantó segundo Marte, 20

de sublime ya parte
pendiente, cuando no pulsarlo al viento,
solicitarlo oyó silva confusa,
ya a docta sombra, ya a invisible musa.

Vestido, pues, el pecho 25
túnica Apolo de diamante gruesa,
parte la dura huesa
con la que en dulce lazo el blanco lecho.
Si otra inscripción deseas, vete cedo:
lámina es cualquier piedra de Toledo. 30



- XVII -

1616
Contra el interés

Tenía Mari Nuño una gallina 5
en poner tan contina
cuanto la vieja atenta a su regalo.
Sucedió un año malo,
tal, que el pasto faltándole süave,
negó su feudo el ave.
Perdone Mari Nuño,
que la overa se cierra cuando el puño.



Mucho nos dicta en la parableja 10
de nuestra buena vieja
Monseñor Interés. Sangró una ingrata
cierto jayán de plata,
enano Potosí, cofre de acero
de un bobo perulero,
a quien le dejó apenas 15
sangre real en sus lucientes venas.

Sintiendo los deliquios ella, luego,
con la venda del ciego
la sangradura le ata, y se retira.
¿Quién de lo tal se admira, 20
si en Dueñas hoy y en todo su partido

lo más obedecido
es lo que acuña el cuño?
Quien quisiere, pues, huevos, abra el puño.

Águila, si en la pluma no, en la vista, 25
el togado es legista,
atento al pleito de su litigante,
si no a la rutilante
bolsa, de cuatro mil soles esfera.
¡Ciego de aquel que espera 30
vista, aunque no sea poca,
de un aguileño! ¡Cósanme esta boca!

¡Con qué eficacia el pendolar ministro
reduce su registro
de la ley de escritura a la de gracia, 35
batida su eficacia
de un acicate de oro! El papel diga
a cuánto rasgo obliga
el dorado rasguño,
y qué overas cerró un cerrado puño. 40

Que peine oro en la barba tu hijo, Febo,
¿quién lo tendrá por nuevo,
si lo peina en las palmas de las manos
cualquiera matasanos?;
¿si Toledo no vio entre puente y puente 45
a barbo dar valiente
carrete más prolijo
que a rico enfermo tu barbado hijo?

Cuantos o mal la espátula desata
o desmiente la plata 50
fármacos, oro son a la botica:
caudales que lambica
y simples hablen tantos como gasta.
Envainad, Musa. Basta
el que ha pillado zuño 55
quien os la pegará quizá de puño.

- XVIII -

1620

Seguidillas y canción para Doña María Hurtado, en ausencia de Don Gabriel Zapata su marido

Mátanme los celos de aquel andaluz: △▽
hágame, si muriere, la mortaja azul.
Perdí la esperanza de ver mi ausente:
Háganme, si muriere, la mortaja verde.
Madre, sin ser monja, soy ya descalza, 5
pues me tiene la ausencia sin mi Zapata.
La mitad del alma me lleva la mar;
volved, galeritas, por la otra mitad.
Muera yo en tu playa, Nápoles bella,
y serás sepulcro de otra sirena. 10
Pídenme que cante, canto forzada;
¡quién lo fuera vuestro, galeras de España!
Mientras hago treguas con mi dolor,
si descansan los ojos, llore la voz.

Ausente de mi vida, 15
tú en agua, yo navego
en lágrimas de fuego
después de tu partida.
Esta mi voz perdida
dulce te seguirá, pues dulce vuela; 20
suspiros no, que abrasarán tu vela.

No de tu media luna
ha sido, Amor, flechada
saeta más alada
que la ausencia importuna. 25
Defensa hay sola una
contra su penetrante vuelo, y esa
el duro es mármol de una breve huesa.

△▽

- XIX -

Nenias en la muerte del Señor Rey Don Felipe III

Suspenda, y no sin lágrimas, tu paso, ▲▼
 oh peregrino errante,
 este augusto depósito, este vaso,
 émula su materia del diamante,
 su forma de la más sublime llama 5
 que a egipcio construyó bárbara fama.

No admires, no, la variedad preciosa
 de piedras, de metales;
 no la arte que, sudando estudiosa,
 señas dará a los siglos de sí tales, 10
 que caduque, que muera el tiempo, y ellas
 besando permanezcan las estrellas.

Húrtale al esplendor (bien que profano,
 altamente debido)
 la atención toda; no al objeto vano 15
 ciego le fíes el mejor sentido:
 abran las puertas exterioridades
 al discurso, el discurso a las verdades.

Rey yace excelso; sus cenizas sella
 esta aguja eminente. 20
 Quién fue, muda lo está diciendo aquella
 piedra animada de sincel valiente,
 religión sacra, que, doliente el vulto,
 el un pecho da al cielo, el otro al culto.

Su fin, ya que no acerbo, no maduro, 25
 dulcemente llorando,
 acusa la clemencia en mármol duro,
 de sus vertidas bien lágrimas blando,
 al tronco de Minerva suspendida
 la invicta espada que ciñó en su vida. 30

La liberalidad (si el jaspe llora)
 ver, caminante, puedes,
 tan copiosa de lágrimas ahora
 cuanto fue cuatro lustros de mercedes:

desatada la América sus venas, 35
suplió munificencia tanta apenas.

Aquel mórbido bronce mira, y luego,
oh huésped, solemniza,
no del buril mentida la que el fuego
en el palor bebió de la ceniza, 40
sino aquella que fue por excelencia
o pureza fecunda, o continencia.

Estas virtudes altamente santo
ejercitó el Tercero
de los Filipos. Tú, confuso en llanto, 45
las venera, y prosigue, oh forastero,
tus pasos antes que se acabe el día,
porque es breve aun del Sol la monarquía.



Madrigales



- I -

1615

De la purificación de Nuestra Señora

La vidriera mejor

en sus brazos de cristal

entra al Sol hoy celestial

en la capilla mayor;

a cuyo resplandor,

sin que más luz espere,

Simeón fénix arde y cisne muere.



5



- II -

1616

En la muerte de tres hijas del Duque de Feria

Tres víolas del cielo,
tres de las flores ya breves estrellas,
fragrante mármol, sellas,
que aljofaró la muerte de su hielo;
si las trenzas no están ciñendo ahora
de una Alba que crepúsculos ignora.

△▽

5

△▽

- III -

1620

Inscripción para el sepulcro de Doña María de Lira, natural de Toledo

La bella Lira muda yace ahora
debajo de este mármol, que sin duda
lo ha convocado muda
como solía canora.
Si el Tajo arenas dora,
ilustre piedras: culto monumento
a este de las Musas instrumento.

△▽

5

△▽

- IV -

1625

Madrigal a la serenísima Infanta María, de un jabalí que mató en Aranjuez

Las duras cerdas que vistió celoso
Marte, viste hoy amante,
y a deidad fulminante
el planeta ofrecido belicoso,
de un plomo al rayo muere glorioso.
Muere, dichosa fiera,
que España ilustrará la quinta esfera.
Bellísima tú, pues, Cintia española,
cerdosos brutos mata,
en cuanto de tu hermano,
no esplendor soberano,
sombra sí de las señas que tremola,
altamente desata
vapores de la invidia coligados,

△▽

5

10

ejércitos, provincias, potentados.

15



- V -

1626

Madrigal para inscripción de la fuente de quien dijo Garcilaso: «En medio del invierno...», etc.

El líquido cristal que hoy de esta fuente
admiras, caminante,
el mismo es de Helicon;
si pudieras, perdona
al paso un solo instante:
beberás (cultamente)
ondas que del Parnaso
a su Vega tradujo Garcilaso.



5



Silvas



- I -

1612

A los poetas que asistían en Ayamonte
Por este culto bien nacido prado,
que torres lo coronan eminentes,
que guarnece el cristal de Guadiana,
su monte deja Apolo de dos frentes
con una y otra Musa soberana:
sacro escuadrón de abejas, si no alado,
susurrante, y armado
de liras de marfil, de plectros de oro.
Este, pues, docto enjambre y dulce coro,
maravillas libando, no ya aquellas
efímeras de flores
que a la madre gentil de los Amores



5

10

deben, y a sus estrellas,
 tan breve ser, que en un día que adquieren
 alegres nacen y caducas mueren, 15
 sino otras maravillas
 que marchitar en vano
 pretende el tiempo desde las orillas
 que los términos besan del Tebano,
 hasta el hombro robusto 20
 del español Atlante,
 del muro de diamante
 del Pirineo adusto:
 sacras plantas, perpetuamente vivas,
 émulas no de palmas ni de olivas 25
 (que en duración se burlan y en grandeza
 de cuantas ostentó naturaleza),
 sino de las pirámides de Egipto,
 de la estatua de Rodas,
 puesto que ya son todas 30
 polvos de lo que de ellas está escrito.
 Incultas se criaron y difusas
 en lo que España encierra,
 pero ya poca tierra
 alimento las hace de las Musas; 35
 que en este prado solo
 las ha querido recoger Apolo,
 donde sus sombras solicitan sueño
 tal, que el dios se ha dormido
 en el campo florido, 40
 y mudo pende su canoro leño,
 para quien luego apela
 el docto enjambre que sin alas vuela;
 y con arte no poca
 las flores trasladando de su boca 45
 a la sacra vihuela,
 dulzuras acrecientan a dulzuras.
 El rubio dios recuerda,
 y pulsando una dulce y otra cuerda,
 la métrica armonía 50
 que en Delfos algún día
 al tiempo le hurtó cosas futuras,
 de suavidad ahora el prado baña.

Erudición de España: goza lo que te ofrece este jardín de Febo, dulce Helicono nuevo que torres honran y cristal guarnece; goza sus bellas plantas, que maravillas tantas admiraciones son y desenojos, néctar del gusto y gloria de los ojos.	55 60
--	----------------------------------



- II -

1615

Égloga piscatoria en la muerte del Duque de Medina Sidonia

ALCIDÓN

LÍCIDAS

Alcidón

Perdona al remo, Lícidas, perdona al mar, en cuanto besa maravillas no bárbaras, en esa aguja que de nubes se corona. El tridente de Tetis, de Belona incluye el asta. ¡Oh cuánto sella esplendor, desmiente gloria humana, esa al margen del agua construida, si no índice mudo de esta vida, pompa aun de piedras vana, urna hecho dudosa jaspe tanto de poca tierra, no de poco llanto!	5 10
---	---------------------------------



Lícidas

Erré, Alcidón. La cudiciosa mano siguió las ondas, no en la que ejercitan piedad o religión. Sobre los remos, los marinos reflujos aguardemos	15
--	----

que su lecho repitan.

Alcidón

Lamer en tanto mira al Oceano,
Lícida, el mármol que Neptuno viste
de tantas, si no más, náuticas señas 20
que militares ya despojos Marte;
y las que informó el arte
de afecto humano peñas,
vulto exprimiendo triste.

Lícidas

¿Quién, dime, son aquellas, de quien dudo 25
cuál más dolor o majestad ostente,
plumas una la frente,
palmas otra, y el cuerpo ambas desnudo?

Alcidón

Mal la pizarra pudo
lisonjealles el color. Aquella 30
ara del Sol edades ciento, ahora
templo de quien el Sol aun no es estrella,
la grande América es, oro sus venas,
sus huesos plata, que dichosamente,
si ligurina dio marinería 35
a España en uno y otro alado pino,
interés ligurino
su rubia sangre hoy día,
su medula chupando está luciente.
Esotra naval siempre infestadora 40
de nuestras playas, África es, temida,
si no por los que engendran sus arenas,
por los que visten púrpura leones
en tantos hoy católicos pendones
cuantas le ha introducido España almenas 45
de quien tímido Atlante a más lucida,
a región más segura se levanta,
debida a tanta fuga ascensión tanta.

- III -

1626

En la creación del cardenal Don Enrique de Guzmán

Generoso mancebo, ▲▼
purpúreo en la edad más que en el vestido,
en rosicler menos luciente Febo
a invidiarte ha salido.
Tú, en tanto, esclarecido 5
del rubí en hilos reducido a tela,
dignamente serás hoy agregado
al Colegio sagrado,
fecundo seminario de claveros.
¡Oh cuánta beberás en tanta escuela 10
religión pura, dogmas verdaderos,
gobierno prudencial, profundo estado,
política divina!
¡Consistorio del Santo
Espíritu asistido! 15
Dígalo tanto dubio decidido,
tanta sana doctrina.
¿Aclamaré a los tales,
príncipes? Mucho más es cardenales:
flamante en celo el más antiguo manto, 20
si bien toda la púrpura de Tiro
grana es de polvo al último suspiro.
Tu exaltación instada
de Filipo fue el Cuarto, del monarca
que al Sol fatiga tanto 25
lustralle sus dos mundos en un día.
Al siempre Urbano santo,
Octavo en nombre y en prudencia uno,
santísimo piloto de la barca
que (repetido en él) Pedro le fía, 30
no fue el ruego importuno
del Católico, pues, si dilatada
tu creación, la gracia le fue hecha.
¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha
estos dos de la Iglesia tutelares 35
y al joven cristianísimo con ellos!
Libarán tres abejas lillos bellos,

y melificarán, no en corchos vanos,
sino en las que abrirán nuestros leones
bocas, de paz tan dulce alimentadas. 40
Llaves dos tales, tales dos espadas,
escondiendo con velas ambos mares,
cuantos le dio sacrílegos altares
Europa a la herejía
extirparán un día; 45
y otro no sólo, no, abominaciones
darán de Babilonia al fuego, entrando
los muros de Sión, mas alternando
himnos sagrados, cánticos divinos,
abrirán paso a cuantos peregrinos 50
tan libres podrán ya como devotos,
besando el mármol, desatar sus votos.

El Conde-Duque, cuya confianza
reclinatorio es de su gran dueño
(¡cuán bien su providencia 55
timón del vasto ponderoso leño,
gobierno al fin de tanta monarquía,
lamiendo escollos ciento
lo ha conducido en paz a salvamento!),
éste, pues, pompa de la Andalucía, 60
gloria de los clarísimos Sidones,
de los Guzmanes digo de Medina,
solicitó süave tu capelo.
¿Qué mucho ya, si el cielo,
entre los muchos que te influye dones, 65
sobrino te hizo suyo, de una hermana
valerosa y real, sobre divina?
Dígalo el Betis, de quien es Diana;
el Carpio, de quien es deidad, lo diga.
Tú a la Fortuna amiga 70
átomo no perdones de propicia.
Goza la dignidad cardenalicia,
unos días clavel, otros vïola.
La ingenuidad observes española,
la duplicidad huyas extranjera; 75
tus colegas admiren la severa
dulce afabilidad que te acompaña.

Que al duodécimo lustro, si no engaña
cuanto abrazan las zonas,
te espera el Tíber con sus tres coronas. 80



Octavas



- I -

1611

Octava fúnebre en el sepulcro de la Señora Reina Doña Margarita

En esta que admiráis de piedras graves
labor no egipcia, aunque a la llama imita,
ungüentos privilegian hoy süaves
la muerta humanidad de Margarita,
si de cuantos la pompa de las aves 5
en su funeral leños solicita
hay quien destile aroma tal, en vano
resistiendo sus troncos al gusano.



- II -

1616

Al favor que San Ildefonso recibió de Nuestra Señora

Para el certamen poético de las fiestas que el Cardenal Don Bernardo de Sandoval y Rojas hizo en la traslación de Nuestra Señora del Sagrario a la capilla que le fabricó

Era la noche, en vez del manto obscuro
tejido en sombras y en horrores tinto,
crepúsculos mintiendo al aire puro
de un albor ni confuso ni distinto.
Turbada así de tévalo conjuro, 5
su esplendor corvo la deidad de Cinto
a densa nube fía, que dispensa
luz como nube, y rayos como densa.

Fulgores arrogándose, presiente
nocturno Sol, en carro no dorado, 10
en trono sí de pluma, que luciente
canoro nicho es, dosel alado,
concentüoso coro diligente
a tanto ministerio destinado;
en hombros, pues, querúbicos, María 15
viste al aire la púrpura del día.

Al cerro baja, cuyos levantados
muros (alta de España maravilla)
de antigüedad salían coronados
por los campos del aire a recibilla. 20
En tantos la aclamó plectros dorados
cuantas se oyeron ondas en su orilla,
glorioso el Tajo en ministrar cristales
a impíreas torres ya, no imperiales.

Busca al pastor, que del metal precioso 25
sacro es cayado su torcido leño,
docto conculcador del venenoso
helvidiano áspid no pequeño.
Hallólo, mas hurtándose al reposo
que los mortales han prescrito al sueño. 30
El templo entraba, cuando al santo godo
alta le escondió luz el templo todo.

El luminoso horror tan mal perdona,
cuan bien impide su familia breve,
pues con la menos tímida persona 35
un término de mármol fuera leve;
águila pues al Sol que lo corona,
intrépido Ilefonso rayos bebe,
fieles a una pluma, que ha pasado
con lo que ha escrito de lo que ha volado 40

Póstrase humilde en el que tanta esfera
majestüoso rosicler le tiende,
y absorto en la de luz región primera,
se libra tremolante, inmóvil pende;
de lo que ilustre luego reverbera 45

se remonta a lo fúlgido que enciende,
ejecutoriando en la revista
todos los privilegios de la vista.

Desde el sitial la Reina esclarecido
ornamento le viste de un brocado, 50
cuyos altos no le era concedido
al serafín pisar más levantado.
Invidioso aun antes que vencido,
carbunclo ya en los cielos engastado,
en bordadura pretendió tan bella 55
poco rubí ser más que mucha estrella.

De las gracias recíprocas la suma
que el don satisficieron soberano,
que celebraron la divina pluma,
otra la califique en otra mano. 60
Huyendo con su Océano la espuma
el margen restituye menos cano,
que iluminado el templo restituye
extenüada luz que a su luz huye.

¡Oh Virgen siempre, oh siempre gloriosa, 65
aun de humildes dignada afectos puros!
Fábrica te construye suntüosa
de jaspes varios y de bronces duros
pastor, mas de virtud tan poderosa,
que al tiempo (de obeliscos ya, de muros 70
devorador sacrílego) se atreve
con la que te erigió piedra más breve.

Augusta es gloria de los Sandovalés,
Argos de nuestra fe tan vigilante,
que ciento ilustran ojos celestiales 75
aun la que arrastra púrpura flamante.
De los que estolas ciñen inmortales
crezca glorioso el escuadrón ovante
quien devoto consagra hoy a tu bulto
tan digno trono cuan debido culto. 80

- III -

1622

Tomando ocasión de la muerte del Conde de Villamediana, se burla del Doctor Collado, médico amigo suyo

Mataron al señor Villamediana. △▽
Dúdase con cuál arma fuese muerto:
quién dice que fue media partesana;
quién alfanje, de puro corvo tuerto;
quién el golpe atribuye a Durindana, 5
y en lo horrible tuviéralo por cierto,
a no haber un alcalde averiguado
que le dieron con un doctor Collado.

△▽

- IV -

1624

De San Francisco de Borja

Para el certamen poético de las fiestas de su beatificación, en el cual dieron por jeroglífico la garza, que previniendo las tormentas grazna al romper el día.

Ciudad gloriosa, cuyo excelso muro △▽
fábrica fue sin duda, la una parte
de la lira de Apolo, si del duro
concento la otra del clarín de Marte;
cuyos campos el céfiro más puro 5
jardinero cultiva no sin arte;
a tus cisnes canoros no sea injuria
que ánsar del Betis cuervo sea del Turia.

Obscuro, pues, la voz como la Pluma, 10
cantaré el generoso Borja santo,
si de su gloria la pureza suma
no ofenden las tinieblas de mi canto.
Depuso el fausto, parto de la espuma
la púrpura ducal creyendo. ¡Tanto
le indujo horror la más esclarecida 15
corona en un cadáver definida!

Fomentando este horror un desengaño
que a trompa final suena, solicita
crecer humilde el número al rebaño
del silbo, del cayado jesuita. 20

¿Del palacio a un redil? Efecto extraño
de impulso tan divino, que acredita
al mayoral y alienta su ganado,
apostólico éste, aquél sagrado.

Religioso tirón, no sólo iguala, 25
sino excede en virtud al más perfecto,
sucediendo silicios a la gala,
que aun el más venial liman afecto.

El ayuno a su espíritu era un ala,
la oración otra; siempre fiscal recto 30
de su conciencia, bien que Garza, el santo
las plumas peina orillas de su llanto.

Tempestades previendo, suele esta ave
graznar volando al despuntar del día;
él redimió después tormenta grave, 35
que antes amaneció su profecía.

Al que a Dios mentalmente hablar sabe,
mucho de lo futuro se le fía:
bajel lo diga de quien fue piloto,
de escollos mil besado y nunca roto. 40

Pisando pompas, quien del mejor cielo
en su celda la luz bebía más clara,
el sacro honor renuncia del capelo,
glorioso ingreso a la tercer tñara.

Húrtase al mundo, que en tocando el suelo 45
sierpe se hace aun de Moisés la vara.
Religioso sea, pues, beatificado
quien Duque pudo ser canonizado.



Tercetos

- I -

1609

¡Mal haya el que en señores idolatra
y en Madrid desperdicia sus dineros,
si ha de hacer al salir una mohatra!

Arroyos de mi huerta lisonjeros
(¿lisonjeros? mal dije, que sois claros);
Dios me saque de aquí y me deje veros.

5

Si corréis sordos, no quiero hablaros;
mejor es que corráis murmuradores,
que llevo muchas cosas que contaros.

Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores,
ya que llevar no puedo ruicriados,
que entre pámpanos son lo que entre flores.

10

Si yo tuviera veinte mil ducados,
tiplones convocara de Castilla,
de Portugal bajetes mermelados;
y a fe que a la pajísima capilla
tiörbas de cristal vuestras corrientes
prestaran dulces en su verde orilla.

15

Pájaros suplan, pues, faltas de gentes,
que en voces, si no métricas, süaves,
consonancias desaten diferentes;

20

si ya no es que de las simples aves
contiene la república volante
poetas, o burlescos sean o graves,
y cualque madrigal sea elegante,
librándome el lenguaje en el concento,
el que algún culto ruiseñor me cante,
prodigio dulce que corona el viento,
en unas mismas plumas escondido
el músico, la musa, el instrumento.

25

Mas ¿dónde ya me había divertido,
risueñas aguas, que de vuestro dueño
os habéis con razón siempre reído?

30

Guardad entre esas guijas lo risueño
a este dómine bobo, que pensaba
escaparse de tal por lo aguileño,
celebrando con tinta, y aun con baba,

35

las fiestas de la corte, poco menos
 que hacérselas a Judas con octava.

Cantar pensé en sus márgenes amenos 40
 cuantas Dianas Manzanares mira,
 a no romadizarme sus Sirenos.

La lisonja, con todo, y la mentira
 (modernas musas del Aonio coro)
 las cuerdas le rozaron a mi lira. 45

¿Valió por dicha al leño mio canoro
 (si puede ser canoro leño mío)
 clavijas de marfil o trastes de oro?

Sequedad lo ha tratado como a río;
 puente de plata fue que hizo alguno 50
 a mi fuga quizá de su desvío.

No más, no, que aun a mí seré importuno,
 y no es mi intento a nadie dar enojos,
 sino apelar al pájaro de Juno:

gastar quiero de hoy más plumas con ojos 55
 y mirar lo que escribo. El desengaño
 preste clavo y pared a mis despojos.

La adulación se queden y el engaño
 mintiendo en el teatro, y la esperanza
 dando su verde un año y otro año; 60

que si en el mundo hay bienaventuranza,
 a la sombra de aquel árbol me espera
 cuyo verdor no conoció mudanza.

Su flor es pompa de la primavera;
 su fruto, o sea lo dulce o sea lo acedo, 65
 en oro engasta, que al romperlo es cera.

Allí el murmurio de las aguas ledo,
 ocio sin culpa, sueño sin cuidado
 me guardan, si acá en polvos no me quedo

molido del dictamen de un letrado 70
 en la tahona de un relator, donde
 siempre hallé para mí el rocín cansado.

Dichoso el que pacífico se esconde
 a este civil rüido, y litigante, 75
 o se concierta o por poder responde,

sólo por no ser miembro corteggiante
 de sierpe prodigiosa, que camina
 la cola, como el gámbaro, delante.

Oh soledad, de la quietud divina
 dulce prenda, aunque muda, ciudadana 80
 del campo, y de sus ecos convecina;
 sabrosas treguas de la vida urbana,
 paz del entendimiento, que lambica
 tanto en discursos la ambición humana:
 ¿quién todos sus sentidos no te aplica? 85
 Ponme sobre la mula, y verás cuánto
 más que la espuela esta opinión la pica.
 Sea piedras la corona, si oro el manto
 del monarca supremo; que el prudente
 con tanta obligación no aspira a tanto. 90
 Entre pastor de ovejas y de gente,
 un político medio lo conduce
 del pueblo a su heredad, de ella a su fuente.
 Sobre el aljófara que en las hierbas luce,
 o se reclina, o toma residencia 95
 a cada vara de lo que produce.
 Tiéndese, y con debida reverencia
 responde, alta la gamba, al que le escribe
 la expulsión de los moros de Valencia.
 Tan ceremoniosamente vive, 100
 sin dársele un cuatrín de que en la corte
 le den título a aquél o el otro prive.
 No gasta así papel, no paga porte
 de la gaceta que escribió las bodas
 de doña Calamita con el Norte. 105
 Del estadista y sus razones todas
 se burla, visitando sus frutales,
 mientras el ambicioso sus vaivodas.
 No pisa pretendiente los umbrales
 del que trae la memoria en la pretina, 110
 pues de ella penden los memoriales.
 El margen de la fuente cristalina,
 sobre el verde mantel que da a su mesa,
 platos le ofrece de esmeralda fina.
 Sírvele el huerto con la pera gruesa 115
 émula en el sabor, y no comprada,
 de lo más cordial de la camuesa.
 A la gula se queden la dorada
 rica vajilla, el bacanal estruendo...

Mas basta, que la mula es ya llegada. 120
¡A tus lomos, oh rucia, me encomiendo!



- II -

1614

A Luis de Cabrera, para la historia del Señor Rey Don Filipe el segundo

Escribís, oh Cabrera, del segundo 5

Filipo las acciones y la vida,
con que el cielo aquistó, si admiró el mundo.

Alto asunto, materia esclarecida,
digna, Livio español, de vuestra pluma, 5
y pluma tal a tanto rey debida.

Léase, pues, de este prudente Numa
el largo cetro, la gloriosa espada
en culto estilo ya con verdad suma.

Sea la felicísima jornada 10
en sus primeros años florecientes
lisonja de mi oreja fatigada.

Provincias, mares, reinos diferentes
peregrinó gentil, pisó ceñido 15
de enjambres, no de ejércitos de gentes.

Cual ya el único pollo bien nacido
de crestas vuela de oro coronado,
si bien de plata y rosicler vestido,

que de tropas de aves rodeado,
la variedad matiza del plumaje 20
el color de los cielos turquesado,

tal el joven procede en su viaje,
Fénix, mas no admirado del dichoso
árabe en nombre, bárbaro en linaje,

ni del egipcio un tiempo religioso, 25
sino hospedado del fiel lombardo,
temido del helvecio belicoso.

Tantos siguen al Príncipe gallardo,
que el río que vadean cristalino
o al mar no llega, o llega con pie tardo. 30

Hierve, no de otra suerte que el camino
de prósidas hormigas, o de abejas

el aire al colmenar circunvecino.

Balcones, galerías son, y rejas
del número que ocurre a saludarlo
las altas hayas, las encinas viejas.

35

A los pies llega al fin del Quinto Carlo,
que en sus brazos lo acoge, y tiernamente
lo abraza y no desiste de abrazarlo.